



La aceptación como respuesta es sin lugar a dudas la mejor de las opciones, la más sensata: hacer las paces con uno mismo y con los demás; convertir lo nulo en coronamiento; el dolor, en fuente de alegría..

Sonó el móvil en plena tempestad. Una voz grave y pausada iba descascarillando la cruda realidad, desgranando la sentencia: *el oncólogo confirma que padezco un cáncer con metástasis*. Solo acerté a preguntar: *¿cómo te encuentras? Tranquilo. Sereno*. Oí al otro lado del auricular. *Tú sabes -continuó- que tengo fe y que si Dios lo ha dispuesto así, será lo mejor*. Su respuesta me dio pie a preguntarle por algunos detalles. Y nos despedimos.

Después, he pensado que no es lo mismo escucharlo en general que oírlo en concreto a quien le acaban de notificar el diagnóstico con un pronóstico tan poco alentador. Es una reacción, cuando menos, elegante. Pero no siempre sucede así. Varía según las personas y sus concepciones de la vida y de la muerte.

A todos nos afecta en el hondón del alma. Como un cuchillo que penetra y se desliza rompiendo nervios y tendones. Se acabó la fiesta. Hay quien entra en desesperación. O, en el mejor de los casos, en una resignación estoica. El fatalismo del hado. Incluso resulta admirable,

La aceptación

Publicado: Viernes, 06 Abril 2018 01:37

Escrito por Pedro López

pero desde luego no envidiable y ni siquiera imitable. No basta con esperar a ser uno con el todo. La individualidad no macla bien con la disolución; el yo, con su aniquilación.

La aceptación como respuesta es sin lugar a dudas la mejor de las opciones, la más sensata. Hacer las paces con uno mismo y con los demás. Convertir lo nulo en coronamiento; el dolor, en fuente de alegría; la incomodidad, en gozo; la fatiga, en impulso; el frío, en calor; la impotencia, en firmeza; la fragilidad, en fortaleza; la desesperación, en esperanza; el dolor, en fuente de amor; la angustia, en serenidad; la tribulación, en paz; la soledad, en compañía; la muerte, en vida.

Esta visión puede parecer fantasiosa, irreal y utópica. **Max Horkheimer**, filósofo marxista, escribía, hacia el final de su vida, una reflexión *-La añoranza de lo completamente otro-* en la que, apartándose de las tesis clásicas del marxismo *-la religión como ideología: el opio del pueblo-* afirmaba que la religión es estimable como expresión de «que más allá del sufrimiento y de la muerte existe el anhelo de que esta existencia terrena no sea absoluta, no sea lo último».

Pedro López, en levante-emv.com.